

Jornadas “Buenos Aires Ídish”, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 19.06.2006.

Publicado en P. Sneh (comp.), *Buenos Aires ídish*, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.

## De chiquilín lo escuchaba de afuera

*Pablo Ingberg*

Ídish era lo que hablaban mis abuelos para que no entiéramos nosotros. Primero habían sido mi hermana y mi hermano (ocho y cuatro años mayores que yo) con el jeringozo, jerigonza en que se entendían para hacerme trampa a las cartas cuando yo era muy chiquito: mi primera experiencia directa con un idioma que me dejaba afuera. Probablemente en esa época yo escuchaba ya algunas palabras de cariño en ídish que me dirigían mis abuelos, aunque muy prolíficos no fueron nunca en ese rubro del cariño explícito. Pero mis recuerdos idishísticos son un poco más tardíos. Mis padres no lo hablaban, aunque seguramente habrán oído y aprendido bastante más que yo; pero no les recuerdo palabras en ídish. ¿Tal vez mamá me haya dicho alguna vez *mishíguene?* Cuadra con su opinión de mí en mi memoria, algo prestada por alguna tía. Porque ellos murieron cuando yo tenía nueve años. Mi hermana justo se había venido a estudiar a Buenos Aires (vivíamos en Dolores). Mi hermano y yo nos mudamos a la vuelta de la esquina, con los abuelos maternos (los paternos habían muerto antes: la abuela, antes de que papá conociera a su futura esposa y madre mía; el abuelo, cuando yo tenía siete años: no recuerdo haberlo oído hablar en ídish, tal vez por falta de interlocutor idishparlante en mi presencia). Ahí, con la muerte y la mudanza, comienza mi experiencia con el ídish, para mí en ese entonces el idioma de la exclusión. Mis abuelos solían confiarse con mi hermano, su preferido y cuatro años mayor que yo (él había hecho ya su *bar mitzvá*, su último cumpleaños con padres). Secreteaban con él y me mandaban lejos si intentaba acercarme oreja en ristre. Ésa era una exclusión más dolorosa, quizá, porque incluía a mi hermano. Pero la del ídish era más flagrante, porque irrumpía descaradamente en plena cara de todos, por ejemplo mientras estábamos almorzando.

Supongo que desde pequeñito uno aprende idiomas cuando los hablan para dirigirse a él, y los usan a su alrededor sin intención de excluirlo. Yo aprendí palabras sueltas dirigidas a mí, algunas otras usadas dentro de un contexto castellano que las hacían inteligibles. Pero el discurso fluido entre mis abuelos era esporádico, breve y veloz, como una operación de asesinato temporal: relámpago y escampo; el agua se escurre hacia el pozo de las lágrimas no lloradas. Abuelo y abuela, desembarcados en la Argentina a la nimia edad de un año y medio los dos, cada uno por su lado en diferentes momentos, lo habían aprendido seguramente como lengua materna, también lo habían estudiado en sus pocos grados de escuela primaria y única. Abuelo, que según tengo entendido había sido linotipista de un diario ídish en Rivera, leía el *Di Presse* o el *Idishe Zaitung* tras el almuerzo sentado en su sillón o trono, como preludeo a su siesta en idéntico lugar y posición. La abuela leía novelas, incluso trataba de leerle pasajes a él, que los escuchaba en su sillón dormido; pero eran en castellano. El ídish era entonces el idioma de esas letras ilegibles en un diario, y sobre todo de esos sonidos ininteligibles en el secreteo público abueluno. Era también el de algunas palabras que me estaban dirigidas, y digeridas e incorporadas eran en consecuencia. Como *inguele*, ese diminutivo cariñoso cuyo núcleo, ya de grande, cuando me surgió la curiosidad de conocer el significado de mi apellido, me dijo la abuela que seguramente formaría la primera mitad: *ingue*, el niño que fui, y mitad o a medias entero va a estar en mí siempre. Era también el de *juligán*, ese comodín mezcla de cariño juguetero con insulto amenazante, según el tono y la ocasión, que de mucho más grande, leyendo a Sholem Ash o Sholem Aleijem, descubrí tomado del ruso, aplicado por los judíos de allá a los

pogromistas, por ejemplo, tal vez la misma palabra que esos “¡asesino!” que se gritan impunemente como quien dice agua va los personajes de Bashevis Singer o Sholem Aleijem cuando están enojados con alguien muy querido. Mi primo Pablito, hoy un tremendo cuartudo que vive en Beersheva, urdió una memorable travesura de *juligán*: hizo enojar una vez a la abuela y le puso el micrófono del grabador cuando ella le espetaba su clásico “me vas a matagggggg”, con su erre arrastrada que ella creía francesa. Después él le pasaba la grabación y la hacía reír. Porque en el idioma judío, cualquiera sea la lengua en que se exprese, entre la muerte y la risa la frontera es imprecisa, según un proverbio de dudosa validez que acabo de acuñar. Por el primo Pablito tenía debilidad la abuela. Por mí sólo la tuvo, un poco por culpa, como corresponde a la especie *ídishe mame*, cuando ya hacía muchos años que no tenía que soportarme cotidianamente, pobre ella. Esa mezcla de condena terrible y afectuoso buen humor que grabó la anécdota del primo tocayo me figuro yo en *juligán*, que pese a la proximidad sonora y semántica no tiene nada que ver con el *hooligan* inglés, aparentemente derivado de cierta temible banda (*gang*) de un tal Hooley. No patotero como los pogromistas o los *hooligans*, el *juligán* era entonces yo, solitario llanero de dolientes habitaciones dolorenses, cuando mi travesura no alcanzaba para matar a mi abuela a tal punto que ella me gritara “asesino”, en traducción castellana de sus compatriotas los personajes de Sholem Aleijem. Las palabras que más nos atraviesan la médula emotiva, al oírlas o decirlas, son de nuestra lengua materna. Por eso mismo, se me incorporó *ínquele* como un cariño acariciante –aunque no tanto como toca una caricia de la mano o de nuestra propia lengua–; *juligán*, como una reprimenda poco grave y a veces sonriente. Por eso mismo, las malas palabras en ídish eran eufemismos por las castellanas: no recuerdo haberle oído a mi abuelo ninguna palabra de tono subido en castellano; sí en cambio alguna que otra en ídish, lo que le imponía cierta distancia jocosa. Pero el manantial más caudaloso de malas palabras en ídish eran mis abundantes tíos segundos, con los que nos llamábamos primos, porque en nosotros se juntaban no sólo las degeneraciones eufemísticas sino también las generaciones carnales: mi madre nació unos meses antes que su tío materno menor, y de ahí para abajo todo el orden generacional quedó degenerado.

El ídish era también por aquel entonces en mi entorno familiar vehículo de otra exclusión, en este caso una exclusión que me incluía en donde no me sentía a gusto, por razones de tono y talante: *idn* y *goim*, judíos y gentiles, nosotros y los otros. En tanto términos meramente identificatorios, libres de matices positivos o negativos, son nombres útiles para designar algo existente, para discriminar sin incriminarse, incluso menos discriminatorios que la Constitución argentina cuando establece, entendiblemente, que para ser presidente de la república hay que ser argentino y por lo tanto no extranjero. Pero todos hemos oído y leído más de una vez la palabra “judío”, en diversos idiomas, con otros matices más ingratos. Muy lejos del matiz con más cruentas consecuencias, el que escupían los pogromistas rusos y sus herederos germanos, a una distancia abismal, diría, porque no eran causa directa de derramamientos de sangre, mi abuela me revolvió mi pequeñito estómago de infante o púber refiriéndose a la empleada doméstica de turno como “la *goie*”, con resonancias peyorativas, o preguntando si el nuevo novio de alguna pariente casadera era *id*, pregunta primerísima, anterior incluso a la interrogación sobre las cualidades espirituales o físicas del novio en cuestión, y a los efectos satisfactorios o no que la relación surtía en la novia. Ésas eran pues palabras en ídish que incorporé de niño a mis conocimientos, pero nunca a mi vocabulario.

Con la pubertad, ese largo período que tal vez dure hasta la menopausia de cualquier sexo, florecieron por sobre los límites de la autoridad de los abuelos mis pretensiones *hippies* antes coartadas por mi madre, cortadas en mi pelo al rape en plenos sesenta pese a mis protestas, envidiosas del primo Adrián, que traía de La Plata su melena de rulos color tuco. El límite al largo del pelo pasó a imponerlo el colegio. Pero el resto del día, libre de saco y corbata, lucía yo orgulloso vaqueros gastados, condecorados con remiendos de mi propia artesanía, que se desarrolló con gusto detallista a contramano de la negativa en que se habría aposentado la abuela si le pedía que los cosiera

ella. Cuando así me veía ella dispuesto a salir, rompía en desesperación anticuada: “¿Vas a salir así a la calle?, parecés un *shleper*, van a decir que no te compramos ropa”. Supongo que esos grupos consonánticos iniciales oídos en mi entorno de jovencito *shleper* me habrán legado ciertas comodidades pronunciatorias. Unos cuantos años atrás, cuando iba a agendar el teléfono de un tal Schiaffino, le pregunté: “¿Ssschiaffino?” “Sí”, dijo él, “Esquiafino”, con esa imposibilidad castellana de pronunciar italianamente su propio apellido, mientras que el *shleper* de mí, tantas veces acusado de *shpilkes in tuges*, no la tenía, gracias a la abuela quejosa.

No voy a hacer un catálogo de mi escaso vocabulario ídish. Más me mueve el pensar por qué no habrá sido mayor. A varios he oído lamentarse de que se les despertaran curiosidades ancestrales cuando ya les faltaban quienes podrían haberlos ayudado a satisfacerlas. De chico, y no tan chico, fuera de esas palabras coloridas que se insertaban naturalmente en nuestro castellano familiar, a mí el ídish me resultaba un ruido hostil, un arma de los abuelos. Empecé a añorar conocerlo (añorar como se añora algo que de algún modo nos perteneció) cuando apenas me quedaba una abuela viejita, sin su interlocutor, en el lento declive de sus signos vitales. Empecé a añorarlo cuando, ya sin casi nadie a quien interrogar con esperanza de oír experiencias directas o poco indirectas, quise remontarme incluso más atrás, hacia la vida ucraniana de mis antepasados antes de que el viento y los barcos los trajeran a nuestra Argentina, y más si fuera posible, desde Adán hasta el día en que comienza mi propia memoria. El ídish sería entonces, en mi fantasía, un vehículo indispensable para transportarme hacia los cimientos invisibles del mundo de aquellos tatarabuelos que convivieron con los tártaros. Ante la poca certidumbre de que transitando los caminos de semejante fantasía pudiera encontrar la puerta de aquel sótano oscuro, vengo postergando lo que, a esta altura, sería ya un estudio, un afán que dialoga con libros, no con abuelos de carne y hueso, que ya son ceniza.

Una pregunta muy puntual se formuló dentro de mí con la invitación a participar en esta mesa. En el '80 viajé a Israel por plan *Tapuz*, simplemente porque era una forma barata de viajar lejos. Israel es para mí como el ídish: algo a lo que estoy indisolublemente ligado en aquellas oscuras regiones del sótano, pero de lo que de allí para arriba me siento un tanto distante; no son la tierra ni la lengua en que fui edificado. Estando allá, adolescente, no me interesó aprender hebreo. Aprendí por supuesto como por ósmosis unas cuantas palabras y expresiones. Pero me interesó más comunicarme con extranjeros que se entendían en inglés, y también en inglés podía entenderme con los israelíes. Mi inglés tendía a cero: unos meses en séptimo grado y los títulos de las canciones de Los Beatles. Con eso, oído y ganas, muy pronto me transformé en el traductor del grupo con el que había viajado. Al año siguiente viajé a Brasil, y en pocos días hablaba portugués, que nunca había estudiado, y tras otro par de breves viajes vacacionales empecé incluso a leer la obra de Pessoa en su lengua original. Años más tarde, por inquietudes literarias, estudié griego y latín, algo de inglés. Francés había estudiado en el secundario. Hace poco, un poco de hebreo se agregó. Puedo pescar algo de idiomas que nunca estudié. Aprendo con relativa facilidad los que estudio y los que en determinadas circunstancias necesito para leer o comunicarme. La pregunta es, pues, ¿por qué no me sucedió eso mismo con el ídish, cuando además yo estaba en edad de aprender mucho más fácil que ahora, según indican todas las teorías y las prácticas? Más de uno que ya adulto tal vez tenga mayores dificultades que yo para aprender otros idiomas, aprendió sin embargo de niño el ídish en circunstancias similares a las mías, para evitar que lo dejaran afuera. No pretendo responder ni responderme así de pronto una pregunta tan compleja. Bien podría decir, acudiendo a un fecundo lugar común de los escritores, que no busco respuestas sino preguntas.

Algunas aproximaciones simples ya esboqué: mis abuelos no hablaban mucho en ídish, sino poco y rápido; con ninguna intención de que yo entendiera, sino exactamente con la contraria. Pero no me conformo. Voy a ver si me ayudan algunos rodeos estratégicos.

Una hipótesis halagadora: la experiencia bilingüe infantil, si bien no me hizo bilingüe, me dio cierta habilidad para las lenguas. Mi amigo Benno, nativo de la multilingüe Suiza, con quien nos

entendíamos en inglés, vino por tercera vez a mi casa y partió a Córdoba a estudiar un poco de castellano. A los tres meses, volvió hablando y entendiendo el argentino coloquial con una fluidez que yo no me creo capaz de alcanzar, si intentara la recíproca con su alemán suizo. Mi aptitud es más libresca, supongo. El estudio del griego antiguo, primero y casi único sistemático que emprendí de un idioma, me abrió la cabeza, pero cuando ya me aproximaba a los treinta y llevaba varios años de garrapatear literatura. Es precisamente un idioma que no se aprende a hablar ni a escribir, sino a leer. Y lo que se aprende a leer es la literatura en que quedó plasmado. Y la manera de demostrarle a un profesor que uno entiende es traduciendo. Pues bien, ese choque entre lo que uno alcanza a entender de las potencias expresivas de otro idioma y las posibilidades de transmitir tales potencias en el nuestro me hizo experimentar, desde adentro, las distancias entre las construcciones del mundo que cada lengua lleva en sí. Distancias análogas a las que sueño con achicar si estudio el ídish de mis abuelos y tatarabuelos, si hago hablar a sus lenguas muertas.

Otra hipótesis autocomplaciente. Roberto Raschella, gran escritor, traductor y amigo, muy ligado a mi pasaje de la traducción como ejercicio de escritor a la traducción como actividad laboral, supone que hay alguna relación entre la experiencia infantil bilingüe y la vocación literaria. No sé cuál pueda ser esa relación, y no desconozco que habrá grandes escritores jamás asomados a otro idioma fuera del suyo propio, pero sí puedo decir que asomarse a otras lenguas no sólo amplía nuestras perspectivas incluso de la nuestra propia, así como un viaje a otras tierras nos ayuda a conocer mejor la tierra nuestra, sino que también, en la misma dirección, nos hace experimentar lo que algunos llamarían la “materialidad” de nuestro lenguaje, es decir, a vivirlo no como un mero vehículo comunicativo que usamos casi sin pensar en él, sino como una sustancia concreta con densidad propia, que encierra innumerables secretos, comunicables e incommunicables, hacia los demás y hacia lo más hondo de nosotros mismos.

El jeperipingopozopo que a los siete años me resultaba indescifrable hoy me resulta un juego de niños. En verdad, no es más que un castellano estrafalariamente aderezado cuyas reglas se aprenden en un minuto y se incorporan con una breve práctica. El ídish, en cambio, es otro mundo que está en éste, y no he pasado de espiarlo desde afuera, la oreja contra el vidrio atravesado apenas por escasas palabras. Acaso la literatura sea un mundo de hipótesis que no requieren demostración. Voy a cederle entonces a Cesare Pavese la palabra final. Otro gran escritor, traductor y amigo, Néstor Sánchez, me legó una vez de memoria esta estrofa, en traducción suya que retoco ligeramente a mi gusto. Parece dialogar con mi pregunta, conversar con el ídish esquivo:

Sos el sótano oscuro  
 con el piso de tierra  
 donde ha entrado una vez  
 con pie descalzo el niño  
 y lo recuerda siempre.